

Bet, la reina herida

Versión 2

Subió a casa desde el restaurante. Tenía que descansar para el turno de la noche, que le exigía todo su encanto. Si la cercanía con el ayuntamiento hacía de Dibetània la opción preferente para comidas oficiales y administrativas, por la noche la discreción asegurada era la razón de que ocuparan sus reservados políticos y empresarios. Sólo Bet asignaba mesas, recomendaba platos y velaba por la prudencia en las entradas y salidas. A media tarde iría a ver a Marga, que le pusiera a punto las cejas y le untara todo el cuerpo de algas y perfume hidratante. Cèlia, después, daría a sus pardos rizos la impronta de una actriz.

Esta noche no vería a Narcís. Estaba de campaña política, de nuevo. La última fue terrible. Nervioso, exigente y malhumorado, apenas la vio para purgarse de sus presiones con sexo rápido y mal llevado. Lo peor era verle con su mujer en imágenes oficiales. Sonrientes, cariñosos, ¡maldita mujer! ¿Cuándo iba a desaparecer?

Necesitaba a Narcís. Cargaba su vida con munición. Le daba un objetivo: amarlo. No le harían renunciar a él ni los rumores, ni los mandos del partido, ni por supuesto la innombrable, que venía a veces a Dibetània con las demás consortes de políticos a atufarle el restaurante con su hedor a ganadora. Ganadora... ¡Ja! Si supiera todo lo que sabe de ella, no la miraría con tanta soberanía. Narcís le daba a ella lo mejor: su pasión, los secretos, su lado salvaje. La libraba de las trampas en que caían las mujeres: hijos, rutina, el traje de los domingos, las comidas con los suegros, las salidas del colegio, reparar en gastos...